

Masacre

en Madrid

| CRÓNICA DEL 11-M | MADRID EMPEZÓ A TEMBLAR A LAS 7.39 HORAS



DESTROZADO. Las sucesivas explosiones dejaron gran parte de los trenes convertidos en amasijos de hierros; alguno de los vagones quedaron totalmente destrozados. / REUTERS

Matanza en los trenes de

Una cadena de diez explosiones mata a 192 personas y hiere a 1.500, en el mayor atentado de la historia en España

Acebes no descarta ninguna línea de investigación mientras Al-Qaeda reivindica el atentado en un periódico digital británico

LOURDES PÉREZ.

Son las ocho de la mañana cuando el tiempo y la vida se quedan detenidos en la madrileña estación de Atocha. En medio de los alaridos de pánico y dolor, del desbocado ulular de las ambulancias y los vehículos policiales, un empleado de Renfe se entrega, frenético, a atender heridos y a liberar víctimas atrapadas en los vagones repletos de pasajeros que acaban de reventar en plena 'hora punta'. Espantado por lo que tiene ante sus ojos, el trabajador intenta gritar, desahogarse, abre la boca pero es incapaz de articular una sola palabra. No puede. Porque ¿cómo se expresa la desolación extrema, cómo se reacciona an-

te el horror que se multiplica por todas partes, aniquilando cualquier humanidad? ¿Cómo asumir que exista alguien tan despiadado como para cargar de explosivos cuatro trenes de cercanías, asesinar a 192 personas y dejar malheridas y marcadas para siempre a 1.500 más?

El terrorismo dio ayer un golpe militar contra la convivencia y la democracia, a falta de apenas tres días para unas elecciones generales que se van a celebrar con las urnas enlutadas y bajo una turbación colectiva muy difícil de sobrellevar. Una conmoción que crecía al angustioso compás de la histeria, de la imparable cifra de muertos y de la desesperación de cientos de familias, que ni siquiera pueden ca-

nalizar su indignación contra el responsable de su drama porque éste aún no tiene un rostro indudable; aunque el ministro de Interio atribuyó a mediodía la autoría a ETA, a primera hora de la noche extendía las sospechas a los grupos islámicos. Al-Qaida lo reivindicó poco después a un diario de Londres en lengua árabe.

Escenas horribles

La de ayer es la mayor matanza perpetrada en España y en Europa -tras la de Lockerbie de 1988- y se emparenta trágicamente con las cometidas en Bali o en Irak. Pero no fue allí donde viajó la memoria del pueblo de Madrid, sino a las escenas de ciudadanos envueltos en polvo y san-

gre que corrían despavoridos por las calles de Nueva York el 11 de septiembre. Cientos de madrileños, la mayoría trabajadores y estudiantes del cinturón obrero de la capital, se sintieron en el centro mismo «de la guerra». Una guerra en sólo diez minutos. Diez de las trece mochilas cargadas de explosivos con las que los terroristas habían sembrado el Corredor de Henares hicieron saltar por los aires vagones de cuatro trenes, cuando la ciudad comenzaba a desperezarse. La muerte y el pánico se adueñaron primero de la céntrica estación de Atocha, antes de prender en el apeadero del barrio de Santa Eugenia y en el popular Pozo del Tío Raimundo, durante décadas unos de los enclaves más deprimi-



IMPACTO. Uno de los heridos.

«Era impresionante. La gente gritaba e iba de un lado para otro desorientada»